

# PRESENTACIÓN DEL *DICCIONARIO ESENCIAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA* \*

Por Pedro Luis Barcia

## Principio quieren las cosas.

Es frecuente escuchar una frase de referencia que conlleva una doble imprecisión: “El *Diccionario* de la Academia”. ¿De qué diccionario hablamos?, ¿de qué Academia hablamos?

Por casi tres siglos, la Real Academia Española publicó su *opus magna*, el *DRAE* - para sumarnos a este siglo de siglas, del que hablaba Dámaso Alonso-, el *Diccionario de la lengua española*, publicado por vez primera en 1780. En rigor de cita, se llamó *Diccionario de la lengua castellana reducido a un tomo para su más fácil uso*. Se trataba de un diccionario que abreviaba en uno los seis tomos del *Diccionario de autoridades* (1726-1739).<sup>1</sup> Ya en el siglo XVIII, con sentido de funcionalidad de compulsas, se redujo la obra de media docena de tomos a uno solo. Este fue el primer esfuerzo de adecuación, por reducción de volumen al uso práctico, asumido por la Corporación española. De casta le viene al galgo.

Este *Diccionario de la lengua española* fue, hasta no hace muchos años, obra exclusiva del trabajo sostenido y fecundo de los académicos de la RAE. Luego, constituida la Asociación de Academias de la Lengua Española, se integraron delegados americanos a la Comisión Permanente, para colaborar en el trabajo lexicográfico del diccionario que llamamos príncipe. Además, la RAE suma a las academias restantes a la tarea asociada con las consultas periódicas sobre los contenidos del diccionario magno.

La RAE consciente de que cada diez hablantes de la lengua española, nueve son hispanoamericanos, promovió con generosidad y oportuna reconversión una activa y creciente participación de las Academias de Hispanoamérica, Norteamérica y Filipinas en todos sus proyectos que suponían la lengua común. Quiero subrayar esta voluntad paladina y firme de la RAE en desprenderse de la hegemonía que mantuvo - por

---

\* Presentación del *Diccionario esencial de la lengua española*, Madrid, Real Academia española, Espasa Calpe, 2006 (*DELE*), organizada por el Grupo Planeta de la Argentina, el día 11 de julio de 2007, a las 19hs en el Museo Fernández Blanco de Arte Americano. Los expositores fueron el director editorial de Emecé Editores, don Alberto Díaz, el narrador y ensayista don Marcos Aguinis y los presidentes de la Academia Nacional de Letras del Uruguay, Wilfredo Penco y de la AAL, Pedro Luis Barcia.

El *DELE* fue presentado oficialmente en el IC Congreso Internacional de la Lengua Española, realizado en Cartagena de Indias, en marzo de 2007.

---

<sup>1</sup> Se llamó *Diccionario de la lengua española*, a partir de la 13ª edición, en 1925.

naturales razones de origen e historia académicos-, por siglos, con la neta conciencia de que debían integrarse todas las academias en tareas comunes, en el seno de la AALE. La RAE no solo ha puesto, en estas décadas largas su decisión, sino su experiencia, sus estructuras y su sólido apoyo económico, y, se sabe, lo dijo Napoleón, que las tropas avanzan hasta donde alcanza la munición de boca. Sin lo crematístico todo se paraliza. La RAE se echó al hombro el proyecto común. Lo agradecemos y somos sus deudores vitalicios por ello..

El *Diccionario* por excelencia, se sabe, es la tradicional obra de la RAE, que ha ido incorporando los aportes del resto de las academias hermanas. Tradicionalmente, se lo ha abreviado como *DRAE*, cuando, en atención al nombre del diccionario y a la voluntad panhispánica e interacadémica de base, la abreviatura correcta debería ser *DiLE* (manteniendo la “i” minúscula para que sea pronunciable).

La última edición del *DiLE* es la 22ª, y data de 2001. Se está elaborando la próxima, anticipada parcial y digitalmente, en el sitio electrónico de la RAE. Se estima que luciría traje de papel hacia 2010, posiblemente.

Primera precisión respecto de la frase “el Diccionario de la Academia”. Con el tiempo será plenamente, ya lo está siendo, “el *Diccionario* de las Academias”.<sup>2</sup>

La segunda imprecisión de la frase radica en que no hay *un* diccionario de la RAE ni un diccionario de las Academias, sino varios.

Veamos. La RAE y Asociación de Academias de la Lengua Española, constituida por las veintidós corporaciones, han publicado –si dejamos de lado el *Diccionario manual ilustrado de la lengua española*,<sup>3</sup> no es uno sino son cinco los actuales diccionarios académicos. El tradicional y voluminoso *DiLE*, en sus dos versiones: el tomo solitario y los dos tomos gemelos que reparten en sus árganas parejas su carga léxica. El segundo es el *Diccionario panhispánico de dudas*, aparecido en 2004, y en revisión y actualización. El tercero es el *Diccionario del estudiante* (2006), el cuarto es el *Diccionario práctico del estudiante* (2007) y el quinto y último, el *Diccionario esencial de la lengua española*, que es el que hoy presentamos en sociedad.

Como se ve, la oferta se está dando cada vez más variada y amplia. Esto es altamente positivo. Si bien todos estos diccionarios están trabajados con la colaboración de las veintidós Academias, no todos lo han estado en igual grado de labor integrada. El que ha mantenido una participación más firme y ensamblada ha sido, hasta hoy, el *DPD*.

---

<sup>2</sup> Lo será y lo está siendo, insisto con la deuda y reconocimiento que le debemos, gracias a la RAE.

<sup>3</sup> El *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española* apareció en 1927; 2ª ed. en 1950: otra, en fascículos, en 1983, y por fin la de 1989

El *DELE* (*Diccionario esencial de la lengua española*) responde a una tradición académica muy antigua: la de compendiar las obras fundamentales en libros de menor volumen y de mayor accesibilidad a otros destinatarios y público. Ya he señalado cómo se abrevió el de *Autoridades* en el *Diccionario de la lengua castellana*, en el XVIII. En el siglo XIX, la *Gramática* generó un *Compendio* y éste un *Epítome*. Desde 1925, se dispuso del dicho *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*.<sup>4</sup>

Es en esta línea compendiosa en que se sitúa este *Diccionario esencial*, e, igualmente se enfilan en ella el *Diccionario del estudiante* y el *Diccionario práctico del estudiante*.

El *DELE*, que es compendio del diccionario príncipe de nuestra lengua cuyo caudal alcanza algo más de 84.000 entradas y unas 190000 acepciones, se reducen en el *DELE* a unos 54.000 artículos, y unas 110.000 acepciones. Por ello, es poco más de la mitad del diccionario mayor.

Esta, y todas las obras citadas hasta aquí, están trabajadas bajo la mirada del más autorizado de los lexicógrafos en nuestra lengua: don Manuel Seco. El está, para decirlo con un verso del poeta Enrique Banchs, “como el cielo detrás de todos los paisajes”, de todos los paisajes lexicográficos, que se editan en el ámbito de la RAE.

El coordinador del *DELE* es don Rafael Rodríguez Marín, subdirector del Instituto de Lexicografía de la RAE, lingüista de larga experiencia y saber en las tareas lexicográficas relacionadas, de particular manera, con la elaboración del *Diccionario* mayor.

Ha secundado al coordinador un equipo de colaboradores estables en estas labores y otros ocasionales, así como los becarios de la Escuela de Lexicografía Hispánica.

El *DELE* ostenta una nueva planta y se basa en la 22ª edición del *DiLE* o *DRAE* (2001)

Este nuevo lexicón ha aprovechado bien todo el trabajo realizado en el último lustro (2001-2006) en la revisión del *DiLE*, lo que ha supuesto unas 40000 modificaciones de diversa índole. Igualmente, se ha concordado con las propuestas del *Diccionario panhispánico de dudas*, y ha avanzado en algunos aspectos innovadores. No es una versión reducida del *DiLE*: es el producto de una completa revisión y renovación de los artículos, al tiempo que se reduce a casi la mitad la extensión del diccionario padre.

### **Características del *DELE*:**

---

<sup>4</sup> En nuestros días, la *Nueva gramática de la lengua española*, proclamada este año en Medellín, en el XIII Congreso de Academias de la Lengua Española, es la segunda de las obras, después del *DPD*, íntegramente trabajada por una Comisión Intercadaémica específica. Su texto, de más de 2400 páginas será editado junto a un *Compendio*, que las reduce a unas 600. Se ratifica, pues la tradición de abreviar los textos canónicos con sentido funcional y operativo.

1. Es un diccionario general, no es especializado o particular. Está libre de jergas y tecnicismos que no sean los de uso frecuente. Se aplica a recoger las voces de uso común para la generalidad de los hablantes. Este criterio, obviamente, debe ser elástico, en relación con voces y expresiones que se imponen en ciertos momentos y en determinadas regiones en el uso de la lengua. Para dar algunos ejemplos: sí rescató “hipófisis”, pero no “hipofosforoso”; si “hipogeo”, no “hipogénico”; sí “lignito”, no “lignáoe”; si “linfocito”, no “linfatismo” ni “linfocitosis”; si “liposucción” (no nuestra “lipoaspiración”), no “lipón” ni “lipoproteína”. En algunos casos, prefiere la voz llana a la esdrújula de la etimología: “hiperemesis” a “hiperémesis”, que trae el *DiLE*.<sup>5</sup>

2. Recoge el léxico común actual, es decir que ha desterrado de sí los arcaísmos y las voces en obsolescencia. El uso actual es su piedra de toque. En este aspecto, y para retomar la imagen arbórea del buen Horacio,<sup>6</sup> los jardineros léxicos han sacudido fuerte el árbol del *DiLE* y le han hecho caer las hojas secas y las amarillentas, las voces arcaicas y las en creciente desuso.

Ese léxico vivo, vigente se refiere al uso general de todo el ámbito hispánico. Se excluyen aquellas voces y expresiones exclusivas de un solo país, España o la Argentina, por ejemplo. Es natural que en esta primera versión del *DELE* se hayan escapado algunas piezas cimarronas, reacias al rodeo lexicográfico, que serán detectadas en la segunda y deseable edición nuevamente actualizada. Es necesario tener en cuenta la dinámica de la lengua, las inclusiones y las desapariciones continua de voces, y las sorpresas de reanimación de vocablos adormecidos u olvidados por los usuarios, que otra vez vuelven a cabalgar. Entre nosotros, una voz de esas es “arbolito”,<sup>7</sup> que surge con cada crisis financiera, y luego se echa dormir hasta la próxima.

La labor de los diccionaristas se ha apoyado, para verificar el carácter de actual de las voces, en el CREA (Corpus de Referencia del Español Actual), cuyo material arranca desde 1974, y en el *Diccionario del español actual*, de Manuel Seco, Olimpia Andrés y G. Ramos.<sup>8</sup> Se puede decir que es el más “actualizado” de todos los diccionarios académicos. Por dar un

---

<sup>5</sup> No obstante las supresiones, estimo que resta aun por extirpar mucho tecnicismo infrecuente en el español general.

<sup>6</sup> La comparación horaciana es de un verde perenne y sus versos no son hojas caedizas: “De la misma manera que los bosques cambian las hojas en el otoño de cada año, y caen las primeras, tal la vieja generación de las palabras perece, y las nacidas poco ha, florecen y crecen, a modo de gente joven (...) Muchas palabras que ya han caído, renacerán y caerán las que ahora tienen vigencia, si es que así lo quiere el uso, que es árbitro, ley y norma del habla”, *Ad Pisones (Ars poetica)*, vv. 60-70.

<sup>7</sup> Llamamos en la Argentina “arbolito” al sujeto que “plantado” al borde de la vereda, como un árbol, repleto de dólares (“verde que te quiero verde”), de color ecológico, los ofrece en venta paralela a la del mercado oficial o a las agencias de cambio. Surgió en 1989 y resurgió en 2001.

<sup>8</sup> Edición de Madrid, Aguilar-Santillana, 1999, dos tomos. En 2000, publicaron el *Diccionario abreviado del español actual*, en un tomo.

ejemplo simple, es el único que recoge la voz “oralidad”, por la que veníamos reclamando, ausente en las obras del citado Seco, en la sabida de María Moliner y del *DiLE* mismo.

3. Es un diccionario que ordena el léxico dialectal español, americano y filipino, en las diversas áreas lingüísticas, actualizadas, del mapa hispanohablante, con marcaciones geográficas de: España, México, Filipinas, América Central, Antillas, Caribe, Andina, del Río de la Plata (Argentina y Uruguay), Guaranítica (Paraguay y NE de la Argentina), y denominaciones más abarcadoras como América Meridional, con uso en más de cuatro países; o América, cuando la voz se comprueba en más de cinco países de diferentes áreas. Se sabe que esta diferenciación en áreas es simplemente orientadora y tentativa, y es playa móvil más que línea fronteriza.

4. Incluye coloquialismos y vulgarismos de uso generalizado en América y España; no los de uso solo peninsular (“pegar la hebra”) o nacional (“falluto”). Aunque esta condición no siempre se mantiene, porque el campo es frágil, como la tierra del Marqués.

5. No se incluyen palabras cuya acepción es clara a partir de su composición, como los adverbios en “mente”. No obstante, se mantiene notable cantidad de voces con sufijos, como “-able”, que son fácilmente comprensibles, y que podrían haberse obviado.

6. Un principio muy elogiado es el de suprimir “los derivados mecánicos de nombres propios (“galdosiano”, “orteguiano”, que están entrando de rondón en el *DiLE*), y se han mantenido solo los que tienen valores agregados connotativos, como “kafkiano” o “freudiano”. Este último presenta la dificultad de su pronunciación: ¿a la alemana, “froidiano”, o a la española, según se lo escribe, “freudiano”? El *DPD* no lo incluyó en su tratamiento

7. Se han seleccionado los gentilicios a los que se les da cabida: solo los de naciones, capitales y provincias, y los más frecuentes en el uso de los medios. No vamos a encontrar “galeguaychense”, pero sí “asunceno”, que se prefiere a “asunceño”, respecto de la capital del Paraguay; junto a “asuntino”, para los habitantes de La Asunción, capital de Nueva Esparta, en Venezuela.

8. La cuestión de los extranjerismos, espacio siempre polémico en los diccionarios, ha sido resuelta así: en el cuerpo del *DELE* van aquellos extranjerismos que han sido adaptados a nuestra fonética y escritura

(“máster”, “zapeo”, español pero no de arraigo hispanoamericano; <sup>9</sup> “mercadotecnia”, por *marketing*, que tampoco ha tenido aceptación sino en España); no se incorporan, en cambio, aquellos que, propuestos, no han recibido plena aceptación, caso de “buldózer”, por *bulldozer*; nada digamos del fallido “güisqui”)

Pero el *DELE* aporta una novedad –que retoma una solución adoptada y abandonada por otros diccionarios- de incluir en un Apéndice 2 los extranjerismos crudos (“*pizza*”, “*ballet*”), y cuando hay propuestas, se las sugiere al lado (*paddle*, “pádel”). El *DiLE* los incluía en el cuerpo de la obra; estimamos que en la próxima edición aparecerán apendicularmente.

Quiero, en este terreno, recordar una breve reflexión sintética y sabia, de Dámaso Alonso: “No soy opuesto a rajatabla al extranjerismo. Creo que solo puede ser admisible con tres condiciones: que resulte, al parecer, imposible que se encuentre una voz castiza que exprese lo mismo; segunda, que sea pronunciable por una garganta hispánica o que se la pueda adaptar para que lo sea; tercera, que los veinte países de habla castellana adopten el mismo extranjerismo”. (Discurso al recibir el Premio Cervantes)

9. En el punto anterior, como en otros, el *DELE* ha seguido al *DPD*, obra de punta y avance, como se sabe. Así se comienza a tejer una urdida coherencia entre las obras académicas.

10. Debemos destacar otro Apéndice, el 3, muy estimable: destinado a ordenar alfabéticamente todos los elementos compositivos, prefijos y sufijos que se dan en la composición de palabras. Su compulsión puede orientarnos en la formación de palabras tanto como en la sugerencia de neologismos bien tajados.

11. Se han revisado la totalidad de las definiciones, en parte aprovechando la compulsión cumplida hasta la fecha de su aparición, parcialmente, de las registradas por el *DiLE*; en parte, valiéndose de la simplificación a que fueron sometidas en la elaboración del *Diccionario del estudiante*, por Elena Zamora y su equipo; y, además, la inclusión de nuevas definiciones.

12 Otro rasgo distintivo es la incorporación de ejemplos en los artículos. Voltaire decía: “Un diccionario sin ejemplos es un esqueleto”. El *DELE* está bien encarnado.

13. Las marcas, anotaciones e informaciones que aportan los artículos son las habituales: gramaticales (categoría de palabras: sustantivo, adjetivo,

---

<sup>9</sup> “Zapeo” y “zapear” son de uso peninsular. En nuestro país doina el uso del anglicismo crudo, *zapping*. Pero ya está apareciendo “zapin”, usado en algunos escritos, incluso; hasta ahora no hay verbo “zapinear” en uso.

adverbio, verbos regulares, irregulares, pronominales; plurales); etimológicas (no en todos los casos, sino: marcas registradas, “birome”, “maicena”; expresiones latinas incluidas: “dies írae”, “pro domo sua”; en los extranjerismos; ortográficas (mayúsculas y tildes): geográficas, por las áreas indicadas; actitudes: despectivo, irónico; niveles de lengua: culto, vulgar: registros de habla: coloquial; valoración respecto al mensaje: malsonante, eufemístico, etc.

14. Contiene, un Apéndice 1 de conjugación verbal y otro, Apéndice 4, con materia ortográfica.

Mantiene la bolaspá, signo creado en el *DPD*, para marcar las formas incorrectas o desaconsejadas.

Para dar una muestra, abocetada, escueta y aun paupérrima, del trabajo de selección y reelaboración llevado a cabo, en el tránsito del *DiLE* al *DELE*, tomo al azar una página la 382 del primero, de “claqueta” a “clase”, y la comparo con las palabras comprendidas entre esas dos voces en el *DELE*.

En primer lugar se ha suprimido la totalidad de las etimologías latinas. Se incorpora “clara”, la sustancia hialina del huevo que, curiosamente, no figuraba en el *DiLE*. Se suprime: “clarar”, desusado por “aclarar”. En esa página sola se suprimen: “clarecer”, “clárens” (del inglés), “clariza”, “clarificador”, “clarífico”, “clarilla”, “clarimente”, “clarimento”, “clarinada”, “clarinado”, “clarinazo”, “clariniano” (de Leopoldo Alas, “Clarín”), “clarincillo”, “clariosa”, “clarucho”. Dieciséis supresiones de entradas en una página. En “claridad” se suprimen dos acepciones (5ª y 6ª) y las formaciones fraseológicas. En “clarear” se suprime una acepción, se incluye otra y se da un ejemplo de ésta. El asiento de “clase”, final de la página elegida, se reduce a la mitad de su extensión. Es decir, se suprime, se reduce, se incluye, se redefine, se renueva. Y esto que apunto como muestra es lo grueso, sin entrar a hilar más fino, lo que revelaría un trabajo muy bien calibrado y cuidadoso.

## Consideraciones finales

“El diccionario es un osario de palabras vacías”, dice Augusto Roa Bastos. La frase es demasiado negativa, pero, además, injusta. Es la misma

impresión inicial que recordó Pablo Neruda en su “Oda al diccionario”, cuando equivocadamente lo juzgó un osario, y luego se rectificó:

*Diccionario*, no eres  
tumba, sepulcro, féretro,  
túmulo, mausoleo,  
sino preservación,  
fuego escondido,  
plantación de rubíes,  
perpetuidad viviente  
de la esencia,  
granero del idioma.

Frente a lo de “tumba”, “sepulcro”, “féretro” alza la afirmación gozosa de que el Diccionario es, en verdad: “fuego escondido”, esto es la brasa latente bajo la ceniza de la apariencia amortecida que espera el soplo vivificador que lo revitalice. Es “plantación de rubíes” esto es una veta oculta, soterrada que aguarda por el minero que la descubra y saque a la luz. Finalmente, lo ve como “granero del idioma”. Así, en silos plantados unos junto a otros, como las columnas de las letras del abecedario, repletos de oferta viva que son las semillas, la potencia de la vida del idioma. Allí están seminalmente las palabras. El Diccionario como semillero, seminario.

Es la misma impresión que produce una biblioteca con sus libros y anaqueles. Pero en rigor, pasa con las palabras en el diccionario como en los libros en la biblioteca, encarnan, para decirlo con una frase de Rabindranath Tagore: “La música tácita de los pájaros dormidos”.

Recuerdo las hermosas palabras de Manuel Seco en ocasión de presentar un diccionario. “Yo, todos los días, leo unas cuantas palabras del diccionario para sacarlas a pasear”. Ellas están cautivas en las páginas y este pastor de palabras las saca a pastorear.

Quisiera rescatar un texto algo perdido de Benito Pèrez Galdós, titulado “La conjuración de las palabras” y que nos regala un par de imágenes certeras y elocuentes sobre el diccionario:

“Érase un gran edificio llamado *Diccionario de la lengua castellana*, de tamaño tan colosal y fuera de medida, que, al decir de los cronistas, ocupaba la cuarta parte de una mesa, de estas que, destinadas a varios usos, vemos en las casas de los hombres. Si hemos de creer a viejo documento hallado en viejísimo pupitre, cuando ponían al tal edificio en el estante de su dueño, la tabla que lo sostenía amenazaba desplomarse, con detrimento de todo lo que había en ella. Formábanlo dos anchos murallones de cartón,



forrados en piel de becerro jaspeado, y en la fachada, que era también de cuero, se veía un ancho cartel con doradas letras que decían al mundo y a la posteridad el nombre y significación de aquel gran monumento.

Por dentro era un laberinto tan maravilloso, que ni el mismo de Creta se le igualara. Dividíanlo hasta seiscientas paredes de papel con sus números llamados páginas. Cada espacio estaba subdividido en tres corredores o crujías muy grandes, y en estas crujías se hallaban innumerables celdas, ocupadas por los ochocientos o novecientos mil seres que en aquel vastísimo recinto tenían su habitación. Estos seres se llamaban palabras”

Dos hermosas imágenes asociadas. La de un poderoso edificio con varios cuerpos, que, gradualmente, se trasmuta en un vasto laberinto, como el de Creta.

No creo que Borges haya cursado esa página de Galdós, y hasta descreo que haya cursado alguna del autor, pero de haber tropezado con el, le hubiera sido grata esta comparanza del diccionario con un laberinto rico y poblado. La única frase que he hallado, en una rebusca paciente y distractora, por los escritos de Borges, en la que manifiesta su predilección acentuada por los diccionarios, la hallo en el único prólogo que destino a un libro del género:

“Para un hombre curioso y ocioso (yo aspiro a ambos epítetos), el diccionario y la enciclopedia son el más deleitable de los géneros literarios. Para los trabajos de la imaginación no hay mejor estímulo”.

La exploración valió la pena y la frase vale un prefacio.<sup>10</sup>

Es válida recomendación tácita la del argentino. Nos motiva a visitar un edificio poco frecuentado por el común de los hablantes. Es para ellos, para todos nosotros, que está elaborada esta abreviación clara, actualizada y útil que es el *DELE*. Al diccionario solo se lo compulsula cuando cuando hay dudas o pleitos, o disputas. Pocas veces se recorren sus pasillos y salas por placer.

El ejercicio lectural del *Diccionario* revelaría los matices que contienen las palabras en gradación. Un hombre frente a un plato de comida, gracias al lexicón, podría clarificar y calificar sus plurales conductas: prueba, pica, picotea, saborea, degusta, paladea, traga, engulle, devora, se atiborra...y así parecidamente.

De Borges vayamos a Quino. Mafalda dice, después de consultar un diccionario:

---

<sup>10</sup> Borges, Jorge Luis. “Prefacio”, en *Gran diccionario enciclopédico ilustrado*. Barcelona, Grijalbo, 2003, 1822 pp.; hay varias ediciones, cito por la última. El texto no ha sido recogido en las *Obras completas* de Borges.

-“¿No tenemos otro diccionario, papá? Este es una porquería. Dice que “mundo” viene del latín *mundus*.

-¿Y?

-¡Que lo que interesa saber no es de donde viene sino adónde va!

Este *Diccionario esencial* nos esclarece mucho, muchísimo, pero claro, frente a él, con él en las manos, no debemos exagerar ni “mafaldear”. No le pidamos lo imposible. Que nos valga.